



*Sonando
Contigo*

CLAUDIA VELASCO

SOÑANDO CONTIGO

Claudia Velasco

Este libro está dedicado a todas y cada una de mis lectoras. Gracias por vuestro entusiasmo, fidelidad y cariño. Gracias por permitir que mis historias se cuelen en vuestros sueños.

Claudia Velasco

Jeremiah Hanson, santa madre de Dios. Cerró el libro y suspiró pensando en los ojos celestes, el pelo rubio, el cuerpo fuerte y varonil del protagonista de la última novela que estaba leyendo, "Al Oeste de tu corazón", un libro ambientado en el año 1880, en el condado de Tulsa, Oklahoma, en el centro de los Estados Unidos.

Apagó la luz y se acomodó en la almohada sin cerrar los ojos. Solía suceder que se enamoraba locamente de los protagonistas de las novelas que leía de forma compulsiva desde hacía años. Desde el señor Darcy de Jane Austen, pasando por el señor Rochester de Jane Eyre, por Jamie Fraser de Diana Gabaldón, Patrick O'Keefe de Claudia Velasco o incluso Diego Alatríste de Arturo Pérez Reverte. Todos ellos solían ponerle el alma del revés y distraía las horas muertas fantaseando con ellos e imaginándose rocambolescas escenas donde ella, Clara Corona, pasaba a convertirse en la verdadera protagonista de la historia.

Aquella práctica de fantasear, lo mismo con actores famosos, cantantes o protagonistas de libros, la venía ejercitando desde muy joven, desde que empezó a ser consciente del mundo que la rodeaba y, sobre todo, desde que empezó a transformarse en una consumidora voraz de libros, películas, series de televisión y música.

Todo aquello llenaba su vida desde siempre y no podía prescindir de soñar despierta, era imposible, tampoco se resistía, y esa afición secreta suya la hacía parecer silenciosa e incluso ausente de cara a los demás, aunque eso jamás le había importado, nunca, ni cuando su madre o sus profesores la reñían por mirar al infinito demasiado tiempo o Gonzalo, su novio, reclamaba su atención y la acusaba de vivir en las nubes. Le daba igual lo que ellos dijeran porque sin sus ensoñaciones, tal vez, estaba casi segura, no sería la misma persona y, peor aún, seguramente ya se habría hun-

dido en la tristeza o habría acabado huyendo muy lejos de allí.

Cerró los ojos y oyó a lo lejos como Gonzalo estaba trajinando en la cocina. Vivían en un piso de sesenta metros cuadrados y él era incapaz de no hacer ruido y respetar un poco su descanso, porque se suponía que ya estaba dormida a esas horas de la madrugada. Las dos de la mañana de un viernes y su flamante novio seguía pegado a la videoconsola en el salón. Un aburrimiento.

Si no eran los videojuegos, eran las series de televisión y si no el canal de deportes, el caso es que Gonza, su novio de toda la vida, a sus treinta años, seguía comportándose como un adolescente y su mayor disfrute consistía en pasar los fines de semana encerrado en casa, con patatas fritas y cervezas a mano, pegado al televisor y sin moverse del sofá. Así, sin ducharse, a menos que ella lo obligara, en pijama y despeinado, que para eso estaba en su casa y quería estar relajado.

La única salida segura se producía los domingos, para comer en casa de sus padres. Gonzalo era un chico familiar y cumplido, y ni su madre ni su abuela le consentían faltar a una comida dominical, así que ahí sí, ahí aceptaba ducharse, vestirse y partir a la casa de sus padres para comer con la familia y volver rapidito a la suya para echarse la siesta antes de seguir con los dichosos videojuegos... y luego se preguntaba por qué ella leía tanto.

Se tapó con el edredón y pensó otra vez en Jeremiah Hanson. Gracias a Dios la autora había escrito una saga de ocho libros hablando de las aventuras de Jeremiah y su esposa, la joven Rose, que habían cruzado medio Estados Unidos, desde Boston a Oklahoma, buscando un futuro mejor. Ella iba por el segundo libro y ya estaba perdida-mente enamorada de él, así que le alegraba saber que aún le quedaban otros seis volúmenes para seguir disfrutando de sus andanzas por esas tierras duras y desconocidas, que en 1880 seguían siendo medio salvajes.

El personaje era un sueño de hombre, claro, y su mujer, una inmigrante inglesa de dieciocho años, era una chica

fuerte, luchadora, valiente y preciosa, con la que cualquiera se podía identificar. Estaban recién casados, Jeremiah había ido hasta Boston para buscar esposa y, aunque él era nacido en América y un vaquero por los cuatro costados, le había encantado la idea de casarse con una bonita chica nacida en el Viejo Mundo. Rose ya estaba completamente integrada en Boston cuando él la conoció y se prendó de su belleza, y al mes de conocerla le contó sus planes de ir hacia el oeste juntos, hacia Texas, ella aceptó la propuesta, se casó con él y todo el primer libro contaba su periplo hacia su nuevo destino, un destino que en el segundo libro había quedado anclado en Tulsa, un condado casi recién nacido, fundado en 1850, famoso por sus fuertes vientos y por sus gentes religiosas y trabajadoras, donde la flamante parejita decidió quedarse.

Cerró los ojos y se visualizó en Tulsa, rodeada por una polvareda considerable que levantaba la falda de su humilde vestido gris, el pelo intentando escaparse de la trenza larga que le caía por la espalda hasta la cintura y un cubo de agua grande, apoyado contra la cadera. Caminaba entornando los ojos y tratando de avanzar hacia su casa casi a ciegas, luchando denodadamente contra ese implacable viento que amenazaba con tirarla al suelo.

Estaban en medio de la nada y era imprescindible entrar en la casa o saldría volando por los aires. Apretó los dientes y lo siguiente fue sentir la mano enorme y firme de Jeremiah Hanson sobre su hombro, lo miró de reojo y pudo distinguir perfectamente sus ojazos celestes, las pestañas largas, la sombra de la barba. Él se pegó a su oído y le dijo que no pasaba nada, que ya estaba allí con ella y que pasarían el resto del día juntos y a salvo, protegidos en su casita de madera, que era de las más sólidas del condado.

“Te amo, señora Hanson” susurró metiéndola a la vivienda y después de cerrar y asegurar la puerta con un par de troncos. Te amo más que a mi vida, continuó diciendo mientras se le acercaba con ojos golosos, la cogía por la cintura y le plantaba un beso memorable que la hacía perder inmediatamente la razón. Lo abrazó y se entregó a ese

beso de película con una sonrisa, tan feliz, hasta que su cama crujió cuando Gonzalo se acostó de un salto.

—¡Joder, Gonzalo!, un poco de cuidado, hombre.

—¿Qué he hecho ahora?

—¿No puedes meterte en la cama con más delicadeza?, estoy durmiendo ¿sabes?

—Lo siento, venga, sigue durmiendo.

Le dio un toquecito en la cabeza, luego la espalda y a los dos minutos estaba roncando. Clara Corona suspiró, sacó la Tablet y buscó nuevamente “Al Oeste de tu corazón”.

1

—Sonia Palominos se casa el próximo año. Ni un año lleva con el novio, pero ya han anunciado la fecha y está buscando iglesia, por supuesto la de los Jerónimos no está disponible, así que tendrá que conformarse con lo que haya libre. Increíble, tía, Sonia Palominos, con lo poco espabilada que ha sido siempre... ¿Clara?, ¿me estás oyendo?, ¡Clara!

—¿Qué? —Sintió el grito de su hermana y la miró como de lejos, con mucha pereza, porque llevaba toda la mañana fantaseando con Tulsa y Jeremiah Hanson.

—Que Sonia Palominos se casa dentro de diez meses.

—Me alegro por ella.

—No conoce al novio ni de un año y encima es extranjero.

—Eso no tiene nada que ver.

—Pues es de las pocas de tu clase que quedaba soltera, con veintiocho años ya todas comprometidas, qué fuerte.

—¿Ya sabes lo que quieres comer?

—¿Si te invita vas a ir?

—¿Adónde?

—A la boda de Sonia, tonta, que parece tonta.

—No creo que me invite —Miró al camarero y le pidió una hamburguesa grande con patatas fritas— ¿Tú qué quieres, Blanca?

—Una ensalada César y agua mineral. No sé dónde metes todo lo que comes, y yo que engordo hasta bebiendo agua.

—Solo basta con hacer un poco de ejercicio.

—No tengo tiempo —Se apoyó en el respaldo de la silla y la miró con atención— ¿Y para cuándo la vuestra?, ¿tu boda con Gonza?

—Espera sentada, hermanita.

—Lleváis dos años viviendo juntos, diez de novios, no sé, tía, deberías meter un poco de ritmo a la relación y empezar a preparar bodorrio.

—Ya habrá tiempo...

—De eso nada, si os planteáis ahora la boda, entre prepararla y organizarla en condiciones, te pones en un par de años más por lo menos, y ya estarás en los treinta pasados. ¿No quieres tener hijos?

—¿Hijos?

—Claro, si te casas en un par de años y luego esperas otros tres o cuatro para los niños, estarás en los treinta y cuatro, treinta y cinco, igual se te pone cuesta arriba y los tratamientos de fertilidad son carísimos. Gloria y Ernesto se han gastado una pasta en la inseminación artificial.

—¿Cuándo hemos pasado de si quiero casarme a la inseminación artificial?

—Soy tu hermana mayor, me preocupas. Gonzalo es muy parado y si no mueves ficha tú...

—Es igual. Gracias —Sonrió al camarero y miró de reojo su Tablet, dónde a esas horas ya debía haber llegado el siguiente libro de Jeremiah Hanson.

—No puedes pasarte la vida sin avanzar, Clara. Los dos tenéis el Síndrome de Peter Pan, creced de una vez y por favor... ¡deja ya de mirar tu puta Tablet!

—Lo siento, lo siento. Ya la dejo, solo quería comprobar si me ha entrado un libro que pedí...

—Me da igual.

Dejó a su hermana Blanca, que había hecho en su vida todo lo que se esperaba de ella, y cómo se esperaba de ella, y partió de vuelta al trabajo con una sensación de hastío total en el cuerpo. La aburrían su hermana, sus amigos y todo ese entorno suyo, cuya máxima aspiración era seguir manteniendo su lugar seguro en el mundo sin plantearse, ni en sueños, romper un poco con las reglas, tirarse a la piscina y vivir un poco. Estaba harta de los años adecuados de noviazgo, los precisos para preparar la boda, la dichosa boda, los años aconsejables de matrimonio antes de ponerse a tener hijos y así sucesivamente, hasta convertirte en una señora mayor que tiene todo perfectamente controlado y que no ha vivido un carajo, aunque claro, eso sí, nadie le

podrá reprochar jamás nada de su impoluto comportamiento. Un asco.

Al menos Sonia Palominos, esa compañera tan tímida del colegio, estaba rompiendo un poco las reglas y se casaba casi en seguida (si en seguida de podía llamar a eso) con un novio extranjero al que no conocían de toda la vida. Aleluya por Sonia, en cuanto pudiera le iba a mandar un mensaje para felicitarla.

Entró en la oficina, se sentó en su mesa y encendió el ordenador. Efectivamente, Amazon ya le había mandado el nuevo libro de Jeremiah Hanson. Estupendo, así tendría entretenimiento para unos cuantos días, porque pensaba dosificar la lectura y no devorar la novela en dos noches. De eso nada, porque necesitaba saborearlo tranquilamente. El teléfono le vibró en el bolso y contestó sin mirar, se lo puso en la oreja abriendo el trabajo que tenía pendiente y oír la voz de Gonzalo la sorprendió un poco.

—¿Cari?

—¿Gonzalo? —Miró la hora— ¿Pasa algo?

—No pasa nada, bueno, sí, he estado mirando escapadas para el puente de noviembre y resulta que hay un viaje muy interesante de cuatro días a Estambul. Siempre hemos querido ir y ahora está tirado, aunque mi madre opina que es muy peligroso, a mí me apetece un montón, ¿cómo lo ves?

—¿Se lo has preguntado a tu madre primero?

—Justo me llamó en ese momento, ¿lo cojo o no?

—Pues... —sonrió pensando en la pequeñita aventura y asintió, pero no alcanzó a verbalizarlo porque Gonzalo soltó aquello que no esperaba oír ni en sueños.

—Álvaro y Ana se apuntan, también Luis y Sandra, y Gus, que desde que rompió con Marga no levanta cabeza...

—¿Ya lo has consultado con tu hermano y tus amigos?

—Nuestros amigos, invita a Lucía si quieres.

—No quiero, pensé que se trataba de una escapada para nosotros dos.

—¿Solos?, que aburrido, Clara, por favor. A más gente mucho mejor.

—¿Y los has llamado a todos antes que a mí?

—Te llamé dos veces y no lo cogiste, no me seas susceptible.

—No soy susceptible, pero es igual —Respiró hondo y abrió la primera posición del ebook— Cógelo si quieres, yo no me apunto porque prometí ir a Málaga a ver a mi abuela.

—¿En serio?, pues nos vamos a Málaga, me parece bien.

—No, Gonzalo, yo voy a Málaga, tú aprovecha y vete a Estambul.

—¿Yo solo?

—¿Solo?

—Me refiero a sin ti, no me parece...

—A mí me parece perfecto, es una gran idea y así nos aireamos un poco. Hala, coge el viaje y ya me cuentas. Nos vemos esta noche. Adiós.

Madre mía que pelmazo de tío, no sabía hacer nada solo, a todas partes con la misma pandilla desde los catorce años. Eso no podía ser sano, aunque lo más insano de todo era ella, que a pesar de ser consciente de esa vida insulsa que llevaban, no hacía nada por cambiarla o mejorarla, y se dejaba llevar por la inercia como una idiota sin voluntad.

Gonzalo, la pandilla, la familia, los amigos, todos estaban estancados en la rutina y en lo "normal", bien sujetos a la seguridad que les proporcionaba hacer siempre las mismas cosas, con las mismas personas, y ella iba a la saga, protestando, enfadándose y pensando en hacer mil cambios, sí, pero sin dar jamás un paso al frente, así que la mayor culpable allí de su lineal existencia ella era misma, Clara María Corona Villanueva, y no había nada más que hablar.

Miró de reojo a los compañeros aburridos que andaban por allí, y que estaban esperando con ansias la cinco de la tarde para plegar y marcharse a casa, y abrió Internet para mirar las páginas de inmobiliarias que tenía seleccionadas. Pinchó en sus preferencias y una vez más miró con ojos golosos el ático en el centro que la tenía enamorada. Era per-

fecto para una pareja, a un tiro de piedra de todo, con mucha luz y a un precio relativamente razonable... suspiró, dio a imprimir, recogió el folio de la bandeja y se lo guardó en el bolsillo.

—Mira que piso más bonito, es un ático, en plena calle Barquillo, tiene hasta garaje si queremos... —Le enseñó el folio con su hallazgo y Gonzalo apartó los ojos de su super televisor para mirarlo de reojo.

—Debe costar una pasta ¿Quién lo quiere?, ¿la loca de tu amiga Guadalupe?

—Guadalupe ya tiene un apartamento en el Paseo de las Delicias.

—Pero como siempre se anda cambiando de casa.

—Se ha cambiado dos veces...

—Una barbaridad, dos mudanzas en cuatro años, menuda pirada —Interrumpió, mirando otra vez una serie de HBO.

—Tiene casi treinta años, edad para mudarse lo que le de la gana y... —Se pasó la mano por el pelo— no es para ella, es para mí, vamos, para nosotros. Siempre he querido vivir en el centro, te lo he dicho...

—¿Qué?! ¿y dejar Las Rozas?, ¿en serio?

—¿Por qué no?

—Mis padres nos avalaron para este piso ¿recuerdas? Jamás consentirán que me vaya del pueblo para vivir el Madrid.

—Tienes treinta años, tío ¿qué importa lo que opinen tus padres?

—Me gusta vivir aquí, nacimos aquí, crecimos aquí, nuestros amigos están aquí, no quiero...

—Ni que fuera Australia, estaríamos a media hora en coche...

—¿Y dónde pretendes aparcar en la calle Barquillo?

—Se puede comprar una plaza de garaje, acabo de decírtelo.

—Para endeudarnos más.

—Llevo cuatro años fija en el banco y me han ofrecido un crédito hipotecario muy ventajoso, yo...

—Ni hablar, Clara, no pienso dejar Las Rozas para vivir en ese barrio que solo vale para ir de cena o de copas.

—¿O sea que piensas envejecer y morir en Las Rozas?, no, mejor dicho, ¿piensas envejecer y morir en ese sofá?

—Muy graciosa.

—No estoy de broma. No pienso vivir el resto de mi vida aquí porque tú no quieras enfadar a tus padres o separarte de tu pueblo de toda la vida. Tenemos edad para hacer cambios, emprender nuevas cosas. Si no lo hacemos ahora, no lo haremos nunca ¿no lo ves?

—Cuando nos casemos nos podremos comprar un chalé, mi madre no para de decirme que en cuanto pongamos la fecha de la boda nos ayuda a buscar una casa con jardín y... ¡Clara!

Clara ya no oyó nada más, se metió en el cuarto de baño y se encerró con llave. Le hervía la sangre de rabia e impotencia, se miró en el espejo y vio que estaba llorando, se giró hacia la ducha, abrió el grifo y se metió debajo del agua fría con ropa y todo. No podía más, no podía vivir así o se volvería loca, completamente loca.

2

Aleluya. Gonzalo y la *cuchipandi*, como se llamaban a sí mismos, ya en Estambul, y el piso enterito para ella sola. Por supuesto no se había ido a Málaga, y no se lo dijo a su novio hasta que la llamó desde Turquía para contarle que habían aterrizado sin novedad.

Si llega a decirle que sus planes reales eran quedarse en casa tranquila y sola, seguro que anulaba el viaje y le estropeaba el puente porque, encima de todas sus manías, Gonzalo, además, odiaba viajar. Para él eso de conocer otros lugares y alejarse de su casa no le parecía nada atractivo, como mucho disfrutaba de ir al pueblo o moverse dentro de España con unos límites, y a la mínima anulaba escapadas y planes con las excusas más absurdas.

“Para ampliar la mente hay que viajar” le decía continuamente todo el mundo, pero él nada, para él eso de “en casa como en ningún sitio” era dogma de fe. Que lástima, por Dios... así de pequeñas eran sus expectativas, sus sueños y hasta sus opiniones. Afortunadamente, a ella no le importaba viajar sola, a su aire, o con amigas, así que a pesar de salir con él nunca había dejado de viajar y conocer mundo. Al menos en eso no había conseguido llevarla a su terreno.

De pronto pensar en aquello la dejó quieta y sin aliento. Se pasaba la vida criticando a su novio con el que tenía muy pocas cosas en común, y se sintió fatal por ser tan intransigente y tan bruja, tan poco tolerante, pero la verdad es que no soportaba esas cosas del pobre Gonza y si lo aguantaba era por cariño, por costumbre y por amistad. Esa era la pura verdad.

Se habían conocido en el colegio, habían hecho juntos desde la primaria y se habían ennoviado a los dieciocho, cuando acabaron el bachillerato y pasaron a la universidad. Él era adorable y muy guapo, siempre le había parecido un chaval divertido y encantador y, lo más importante, bebía

los vientos por ella, y eso, quieras o no, cautiva a cualquiera.

En los diez años que llevaban juntos había roto con él una docena de veces, incluso para poder marcharse libre al Erasmus en Italia, pero al final siempre le podía la pena, los amigos que le suplicaban que le diera otra oportunidad, la amistad y la lealtad, y volvía con él. Así muchas veces, hasta que finalmente, tras la última gran huida suya y una ruptura de varios meses, volvieron y se fueron a vivir juntos. Un error, lo sabía, pero él era muy pesado, muy constante, y aunque era un guaperas con buen trabajo y mucho carisma, no ligaba con nadie y le guardaba ausencia, como en las novelas románticas.

Ella estaba con él porque era un amigo al que quería y no podía hacer daño, y él estaba con ella porque odiaba los cambios y era incapaz de plantearse una nueva relación, una nueva vida lejos de su cómoda y agradable rutina. Así de sencillo, Clara lo sabía y lo había comentado con él en más de una ocasión, pero él se negaba a aceptarlo, decía estar enamorado, y ahí seguían, anclados a una historia que no tenía futuro, aunque sus padres esperaran un anuncio de boda en cualquier momento.

En fin, se dijo como consuelo y se sentó en el sofá a leer un libro que le había recomendado su amiga Guadalupe sobre los sueños. No se trataba de la interpretación de sueños o algo parecido, se trataba de un manual para inducir y recordar sueños lúcidos, es decir, sueños en los que se adquiere consciencia de lo que se sueña.

Un tema que le apasionaba desde pequeña, cuando pasaba parte del verano en el pueblo de su padre en Segovia y mataba las horas muertas intentando provocarse sueños concretos, no duermevelas soñadores, no, sueños profundos que la llevaran donde ella quería ir exactamente (y después recordarlos con claridad). Una práctica agotadora y con la que había tenido bastante éxito.

Abrió la primera página del manual de ese conocido siquiátra estadounidense que se llamaba William Watson y